

## Mons. Juan Larrea Holguín: Un “grande” en lo grande y en lo pequeño

Mons. Javier Echevarría \*

**Resumen:** Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, ha deseado también participar en el I Congreso de Derecho y Humanidades, para lo cual ha enviado por escrito una conferencia que será leída en la apertura del evento. En ella recoge varios sucesos que le tocó vivir junto a Mons. Larrea, para abordar una de las grandes virtudes de este grande del Ecuador: la humildad.

**Palabras clave:** Juan Larrea Holguín, humildad

**Abstract:** Mons. Javier Echevarría, Prelate of Opus Dei, has desired to participate in the I Congress of Law and Humanities. He has sent a conference to be read at the opening of the congress. Here he mentions various events he lived alongside Mons Larrea, and addresses one of the great virtues of this big Ecuadorian man: humility.

**Keywords:** Juan Larrea Holguín, humility

---

\* Prelado del Opus Dei 1994 – 2016, Roma

## I. INTRODUCCIÓN

Inmensa alegría me causa la posibilidad de intervenir en el Congreso sobre Derecho y Humanidades que la Universidad de los Hemisferios ha organizado en homenaje a S.E. Mons. Juan Larrea Holguín, arzobispo de Guayaquil, con ocasión del décimo aniversario de su tránsito a la casa del cielo. Mucho me agradecería compartir con ustedes estos gratos momentos, recordando a quien fue compañero mío de aulas en Roma, hermano en el episcopado y, muy especialmente, hijo mío en la Prelatura del Opus Dei. Ofrezco al Señor la pena de no poder cumplir ese deseo, aunque espiritualmente me siento muy unido a todos los participantes: al Rector, al claustro académico, a los alumnos y personal administrativo de la universidad, y a cuantos han trabajado en la organización de este encuentro.

En el Congreso se abordarán temas sobre los que tanto escribió don Juan, insigne figura internacional: el derecho, la historia, las humanidades. Conozco también que varias conferencias tratarán de su vida y de su notable legado a la cultura ecuatoriana. No me detengo en enumerar esos méritos, que Mons. Larrea obtuvo, con la ayuda de Dios, gracias a su incansable dedicación a la investigación histórica y jurídica. No quiero dejar de mencionar también su capacidad para la pintura, que cultivó como afición, con más de dos mil cuadros: algunos, de motivos religiosos, han servido para alimentar la piedad de los fieles. Como más de una vez he manifestado, resulta verdaderamente imposible sopesar a cuánto llegó con su incansable labor en tantos campos.

No voy a fijarme ahora en ese tipo de méritos, sino en algo que suele pasar más inadvertido, pero que comenta la verdadera grandeza de espíritu. Me refiero a las virtudes que don Juan fomentó con esmero en su alma, donde latía el amor a Dios y al prójimo. Dentro de las excepcionales dotes humanas y sobrenaturales que el Señor le concedió, deseo centrarme en una de las virtudes que más resplandecieron en su vida: la humildad alegre que le caracterizó. Mons. Larrea fue un grande entre los grandes, una persona de proyectos ambiciosos y de realidades de gran alcance, precisamente porque supo trabajar y desaparecer: que no están reñidas la magnanimidad y la humildad en la vida de un hijo de Dios.

En Mons. Larrea, la humildad fue una virtud abierta, que facilitaba el acercamiento a su persona de gentes de toda condición social o cultural; una humildad cariñosa, que le impulsaba a gozar sinceramente de que elogiaran y apreciaran a otros; una actitud que estaba colmada de sencillez y buen humor, para que los demás pasaran momentos de paz. Pero, a la vez, era un abajarse docto y santo, porque sabía mucho y se sabía nada; porque quería aprender y deseaba enseñar; porque se dejaba formar espiritual y humanamente y confiaba en los demás.

Todo esto intentaré mostrarlo con algunos ejemplos. Comenzaré hablando de los años que vivió en Roma, adonde se trasladó porque su padre fue nombrado embajador del Ecuador ante la Santa Sede. Recuerdo que, cuando sus padres dejaron Roma, Juan—ya incorporado al Opus Dei—se trasladó a la sede del Colegio Romano de la Santa Cruz, que entonces ocupaba la vivienda de la portería en el terreno que albergaría más adelante la sede central de la Obra. Vivíamos allí unas veinte o veinticinco personas, en su mayoría jóvenes estudiantes, con las incomodidades de una casa pequeñísima. Con naturalidad extrema, Juan pasó de la holgura propia de una sede diplomática, a un ambiente de gran exigencia en lo material: dormíamos en literas, porque no había espacio para camas normales; era preciso acomodarse a unos turnos de comidas, de desayuno y de merienda, cuando la había; pasábamos bastantes estrecheces económicas. Durante esos años, Juan no manifestó ninguna añoranza por tener que acomodarse a las limitaciones que brevemente acabo de señalar. Aceptaba todo con alegría, sin quejas, como los demás jóvenes de la Obra que residían en aquella minúscula casa.

Ya he apuntado que don Juan poseía excelentes dotes humanas y cultivaba a fondo las virtudes cristianas. Nunca observé en su comportamiento una actitud de amor propio, o de pretender hacer alarde de esas cualidades. Se mostraba siempre disponible para aceptar encargos, también los aparentemente menos importantes, y recibía con sencillez la ayuda que los demás podían prestarle.

Cuando terminó su período de formación universitaria en Roma. Regresó al Ecuador. Era el primer fiel del Opus Dei que comenzaba a residir establemente en ese queridísimo país.

Aunque se encontraba solo —solo materialmente, pues no le faltaron nunca las oraciones, las cartas, el impulso que el fundador de la Obra le transmitía desde el otro lado del mundo—, inmediatamente comenzó a preparar el terreno para la implantación del Opus Dei en su tierra, al tiempo que trabajaba en los mejores bufetes de abogados y en la labor docente.

Ahí continuó la elaboración de su extensísima producción científica, en el campo del derecho, de la historia y de las humanidades. Años más tarde, cuando recibió la ordenación sacerdotal, empleó sus mejores energías en la labor de almas. Abandonó su trabajo profesional anterior, sin descuidar la sólida preparación adquirida en diversos campos, ni su labor como jurista, dedicando a esa tarea espacios de tiempo que no perjudicaran su ministerio sacerdotal.

Con esta manera de proceder, aprovechó la oportunidad de escribir muchos libros a lo largo de su existencia; no sólo científicos, sino también libros y folletos de carácter espiritual.

El prestigio que fue ganando no lo convirtió en una persona engreída. Siguió siendo el hombre, el eclesiástico querido y admirado por los que le conocían. Cautivaba la amistad de las personas por

su buen trato, por su llaneza, siempre dispuesto a escuchar a los demás sin impaciencias ni modales bruscos. Alentaba o instruía, pero jamás daba la impresión de querer imponerse, de marcar diferencias, sino con la conciencia de cumplir una obligación de amistad, de servicio o de caridad pastoral. Así se comportó como sacerdote y, luego, como obispo auxiliar de Quito, como obispo de Ibarra, como ordinario castrense del país (fue el primero en ser nombrado para ese encargo), y finalmente como arzobispo de Guayaquil.

Como su humildad era recia y afectuosa, sabía confiar en los demás; le encendía el deseo de acercar las almas a Dios, con su labor sacerdotal y el espíritu del Opus Dei, que él mismo practicaba con finura y que, por experiencia propia, sabía que era muy apto para ayudar a las personas a santificarse en su profesión, en su familia, en la vida ordinaria.

Fue hombre de una caridad espléndida y, a este propósito, pienso que es ilustrativo un suceso de su ministerio episcopal. Cuando desde la sede de la diócesis se trasladó a otro lugar, encontró que había una indita, sola, en la carretera, a quien había llegado el momento de dar a luz. El obispo descendió del coche para prestar auxilio espiritual y humano a la futura madre.

De san Josemaría, fundador del Opus Dei, había aprendido que un buen gobernante no debe trabajar como veinte, sino hacer trabajar a veinte, contando con la ayuda de los demás, sin personalismos. Con su piedad, con su carácter generoso, con su fraternidad practicada constantemente, Mons. Larrea no solamente acababa gustosamente sus propios deberes, sino que impulsaba a los demás a realizar del mejor modo sus ocupaciones.

No hacía discriminaciones. Sabía corregir con cariño, con claridad y, a la vez, disculpando siempre, porque le embargaba el convencimiento de que todos nos podemos equivocar. Y así, también era capaz de comprender y de pedir perdón cuando era necesario. En los testimonios recogidos para la causa de beatificación, sus colaboradores han expresado con qué amabilidad y cercanía se conducía constantemente con ellos. Otro ejemplo significativo de su hacer: el portero de la catedral le quedó sumamente agradecido porque le animó a hacer estudios superiores, permitiéndole asistir a clase y sacar adelante su formación intelectual.

La humildad no es agria, no critica, no separa. En los diversos cargos de gobierno eclesial que don Juan tuvo que ejercer, probablemente habrá conocido en alguna ocasión actuaciones poco loables de las personas, que quizá podrían ser juzgadas con dureza. Sin embargo, nada de ese estilo ocurrió en su modo de afrontar las maneras de los otros. En realidad, a su lado se tocaba a manos llenas la armonía y la unidad. Nunca fue persona de conflictos, de enfrentamientos, sino de ayuda y servicio a

sus hermanos, obispos y sacerdotes, y a todos los fieles. Me llena de gozo afirmar que jamás le oí la más mínima crítica a terceros.

Cuando no compartía el modo con que otros enfocaban los asuntos, de su boca no salían palabras de celo amargo, crítica destructiva, faltas de consideración con quienes pensaban de un modo diferente.

Nuevamente recorro a una anécdota ejemplar en este sentido, la que apunta en uno de sus escritos donde comenta un triste suceso, en el que podría haber tenido sobrados motivos para enojarse y denotar conductas evidentemente desacertadas. En 1968, cuando Pablo VI nombró dos obispos auxiliares para Quito —entre ellos, él mismo—, algunos medios de comunicación escrita recogieron un manifiesto con críticas a ese nombramiento.

Los argumentos consistían, sobre todo, en que no se había hecho una consulta popular, y que los candidatos no resultaban del agrado de esos autores. «Yo leí el artículo —comentó años más tarde Mons. Larrea—, pero no el nombre de los firmantes, porque pensé que, si me informaba de quiénes decían aquellos despropósitos, podría guardar antipatía para ellos, y preferí no tener ni la tentación. Luego me comentaron que se trataba de sacerdotes y esto me dio mucha pena, pensando en que ellos debían, más que nadie, respetar las resoluciones del Santo Padre, pero me reafirmé en mi voluntad de ignorar quiénes eran esos sacerdotes» (Vásquez, 2009, págs. 187-188).

Distinguía entre el error y la persona. Aclaraba las doctrinas o acciones equivocadas, pero nunca permitía que se abriese un foso entre él y quienes no compartieran sus posiciones: los respetaba, los quería, los apreciaba y asistía. Consta claramente que es muy opuesto a la humildad el “victimismo” de quien piensa que ha trabajado mucho o se lamenta de que no le reconozcan sus méritos. También en este sentido, don Juan ofreció un continuo ejemplo de humildad laboriosa. En su tarea episcopal, recorrió la diócesis, que acabó conociendo como la palma de su mano, durmiendo en cualquier lugar, alimentándose con lo que le ofrecían; no le importaba el cansancio, ni las dificultades climáticas o viarias. En las alturas de la sierra o en las poblaciones de gente sin recursos, se hacía todo para todos. No pocas veces, al no encontrar lugar dónde refugiarse, dormía en el automóvil, sin recortar el plan de trabajo y sin contar con la alimentación necesaria. Se desvivía constantemente por las personas a las que se acercaba.

A este respecto dejó constancia de un simpático suceso, durante un viaje a un pueblo de la sierra situado al occidente del Cotacachi. «Se puede llegar en jeep —cuenta en una de sus biografías—, aunque con bastante riesgo por los abismos y derrumbes frecuentes en el estrechísimo camino de verano. En invierno queda aislado. Varias veces lo visité y la primera fui precedido de un grupo de

religiosas que habían preparado admirablemente a la población para recibir los sacramentos. Cuando llegué, todo estaba preparado, menos un lugar adecuado para pasar la noche. Los dirigentes del pueblo habían decidido que durmiera en la casa de la maestra; ésta era una señora joven, cuyo marido estaba en Otavalo. No me pareció correcto aceptar la hospitalidad ofrecida y pasé la noche dentro del jeep, parqueado en la plaza principal, delante de la iglesia, de modo que todos pudieran darse cuenta dónde había pernoctado. Amanecí un tanto entumecido, porque en estos lugares al pie de la montaña, aunque de día hace calor, por la noche baja bastante la temperatura» (Vásquez, 2009, pág. 214).

Después de ser ordenado sacerdote y luego de recibir el primer encargo episcopal, no intervino en cuestiones políticas, a pesar de haber militado activamente en un partido, cuando era más joven. Sin embargo, no se abstenía de ofrecer doctrina clara, cristiana, para que los que se ocupaban de la cosa pública actuaran con responsabilidad, en servicio de todos los ciudadanos.

Desde que hubo de abstenerse en cuestiones temporales, procuró respetar con mayor empeño la legítima autonomía de la autoridad civil en sus competencias. Para concluir, quiero añadir que don Juan no dudó en poner al servicio de la Iglesia y de la sociedad todos los dones naturales y sobrenaturales que Dios le había concedido, sin utilizarlos para provecho propio. Su único afán se concretaba en cumplir la Voluntad divina. Pienso, por eso, que cultivó la sana y santa costumbre de no hablar de sí mismo. No buscó honores ni reconocimientos. Se comportó a toda hora enteramente dispuesta a ser el último peón de esta viña del Señor, la Iglesia Santa. No le importó ocuparse a lo largo de sus años de las mismas tareas, quizá repetidas, o de encargos y trabajos aparentemente sin importancia.

Mons. Larrea fue verdaderamente un hombre humilde. Tomó y asimiló esas lecciones en la escuela del único Maestro, que proclamó: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29), y por eso don Juan fue un cristiano, un sacerdote, un obispo lleno de paz diáfana, que difundía de continuo a su alrededor. Sé que, en este mismo Congreso, se presentarán estudios dedicados a destacar la importancia de la figura y el legado de este ilustre ecuatoriano, que fue grande entre los grandes. Con mis palabras, he querido destacar que también fue grande en lo pequeño: en la vida cotidiana, en el trato con los demás, en los detalles de cada jornada, porque todo, sin excepción, es importante a los ojos de Dios.

## **Bibliografía**

Vásquez, A. (2009). *Juan Larrea. Un rayo de luz sobre fondo gris*. Madrid: Palabra.